

**JUEVES SANTO - MISA DE LA CENA DEL SEÑOR**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**24 de marzo de 2016**  
**Ex 12, 1-8.11-14; 1Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15**

*Este día será para vosotros memorable, en él celebraréis la fiesta del Señor, ley perpetua para todas las generaciones.* Así terminaba, hermanos y hermanas, la primera lectura. Era el relato de la institución de la Pascua del Pueblo de Israel. Esta fiesta anual conmemoraba la liberación del yugo del faraón de Egipto. Se celebraba ofreciendo a Dios como primicia un *cordero* degollado, que después era comido ritualmente en una cena familiar. Comiendo cada año el *cordero* pascual se recibían de una manera renovada los frutos de la salvación que Dios había otorgado a los padres a la salida de Egipto. Esta salvación tenía un doble momento: primero, cuando los hebreos, que habían marcado las casas con *la sangre* del *cordero* sacrificado, fueron liberados de la muerte; y, segundo, la salida del país que comportaba la liberación de la esclavitud y la marcha hacia la tierra prometida.

El recuerdo de esta cena pascual, leído esta tarde de Jueves Santo, ilumina de un modo particular nuestra celebración. Tanto el gesto de Jesús lavando los pies de los discípulos, que acabamos de leer en el evangelio, como las palabras de San Pablo, que hemos escuchado en la segunda lectura, sobre la institución de la Eucaristía y, por tanto, de la Pascua cristiana como memorial del sacrificio del nuevo *cordero* pascual que es Jesucristo.

Efectivamente, Jesús antes de adentrarse en la pasión, celebró la cena pascua tal como era prescrito en la primera lectura que hemos escuchado. Así anticipaba en la mesa de la comida fraterna su entrega en la cruz para dar vida a todos. Desde aquella última cena de Jesús, los cristianos nos reunimos en familia, reunidos en el atardecer del Jueves Santo en torno a la mesa eucarística para comer nuestro *cordero* pascual que es Jesucristo mismo, el *Cordero* de Dios que quita el pecado del mundo. Con el sacramento de su cuerpo y de su sangre recibimos unos frutos parecidos a los que recibieron los hebreos, pero situados en un nivel superior. Porque Jesucristo nos nutre para hacer el camino de cada día a lo largo de nuestra vida, para liberarnos de todo lo que nos abrumba, para salvarnos de la muerte. Y no como fueron salvados los hebreos al salir de Egipto, que después tuvieron que morir, sino abriéndonos las puertas de la vida eterna.

Los hebreos tenían que comer *el cordero con la cintura ceñida*. Era para estar preparados para salir rápidamente de Egipto. Pero, en esta noche, *la cintura ceñida* nos evoca, también, la escena que nos ha proclamado el Evangelio, cuando oíamos que Jesús *tomando una toalla, se la ciñe* en la cintura para *lavarles los pies a los discípulos*. Este gesto de Jesús mientras se dispone a ir hacia el Padre, hace ver su voluntad de estar humildemente al servicio de todos y de dar su vida por amor a la humanidad. Lava los pies como signo de su abajamiento hasta la muerte para servir a cada ser humano. Comer el *Cordero* Pascual en el pan y el vino consagrados, implica, pues, tener la misma voluntad de servicio que Jesús, ponernos a ayudar a los demás gastando la propia vida, mientras caminamos hacia nuestra casa definitiva, hacia la tierra prometida de la gloria. Por ello, el lavatorio de pies que realizaremos ahora, antes de participar de la mesa eucarística, significa la voluntad que tenemos de reconciliarnos mutuamente y de ponernos al servicio de los demás siguiendo el ejemplo que nos dejó el Señor. Su ejemplo de donación iniciado en la sala de la cena y culminado en la cruz.

Como expresión de nuestra voluntad de servir a los hermanos, os proponemos hacer una aportación a la colecta que realizaremos al final de la celebración; lo que

recojamos, lo entregaremos a "Acción solidaria contra el paro" para ayudar a sus programas de inserción laboral y de financiación de proyectos destinados a ayudar a superar las consecuencias de la crisis económica.

*Este día será para vosotros memorable, en él celebraréis la fiesta del Señor*, decía aún la primera lectura. También los cristianos, generación tras generación, somos fieles a este mandamiento que viene de la Primera alianza, porque Jesús, la noche antes de entregarse a la muerte, nos dijo de hacerlo. No ya como *memorial* de la salida de Egipto sino de lo que aquellos hechos anunciaban. Es decir, como memorial de la entrega de su  *cuerpo*  y de su  *sangre*  en la comida eucarística del pan y del vino como anticipación sacramental de su entrega en la cruz para liberarnos.

La primera lectura ya mostraba cómo Dios luchaba a favor de su pueblo para sacarlo de la opresión. Pero también en nuestros días el Señor, rico en misericordia, combate a nuestro favor para que vencamos todo aquello que nos oprime, para que vencamos el pecado y la muerte por medio de la sangre del nuevo  *Cordero*  pascual.

Agradezcamos el don que Jesucristo nos hace de sí mismo. Agradezcamos que toda su existencia en la tierra fuera una vida entregada a los demás. Y que, una vez resucitado, continúe dándose generosamente a favor de la humanidad. Agradezcamos de manera particular su entrega en el sacramento de la Eucaristía. Agradezcámoslo y adoremos su presencia. Una presencia que nos recuerda siempre que debemos vivir amando y sirviendo a los otros como él.